

RECUPERACIÓN DEL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO ENTRE EL BINOMIO DE LA INVESTIGACIÓN Y CREACIÓN

Ángela García Codoñer
Ana M^a Torres Barchino
Jorge Llopis Verdú
Ramón Villaplana Guillen
Begoña Sáiz Mauleón



Introducción y contexto

La experiencia del color, o la sensación cromática, es una de las improntas más primitivas que el ser humano tiene, el impacto cromático queda en la conciencia como una experiencia plena, impreso en los pliegues de la memoria forma parte de su imaginario conformando el gusto a lo largo de su vida.

Los pueblos entendidos estos en el sentido de agrupaciones colectivas, tie-

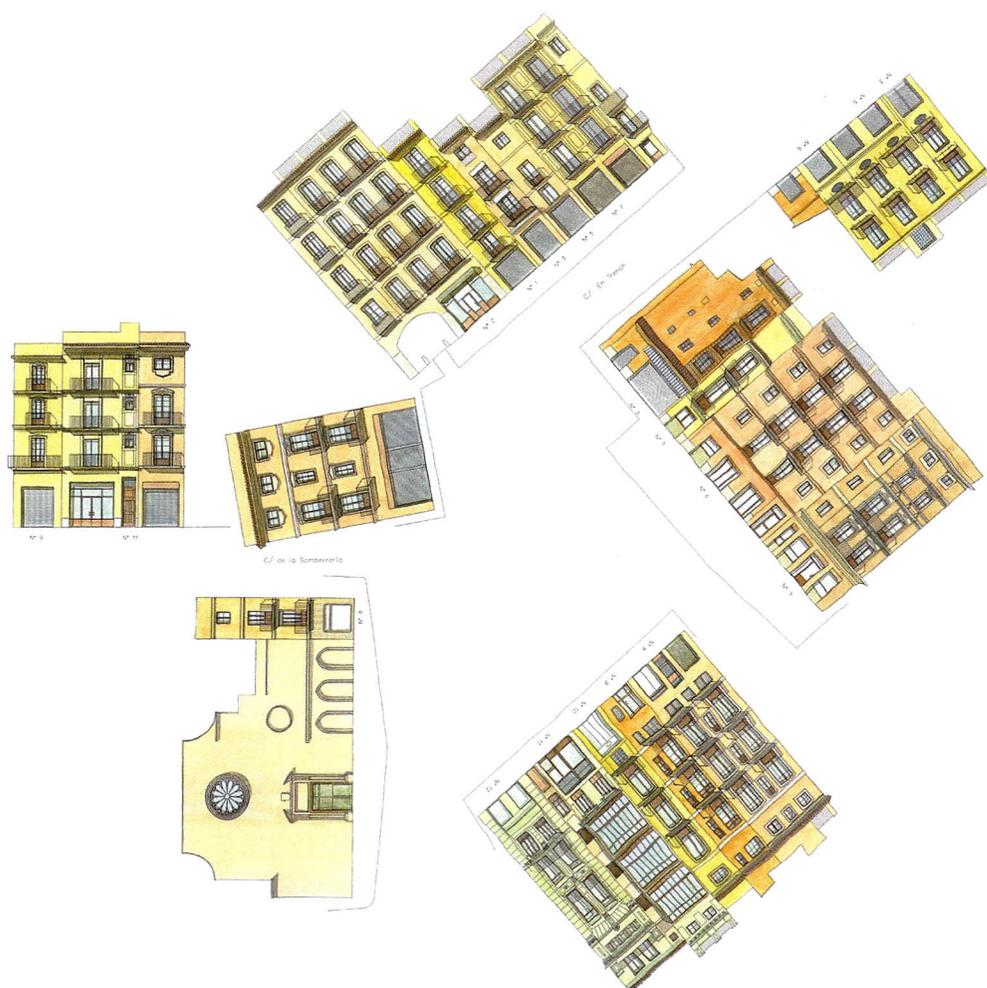
ne también improntas estéticas que están ligadas al conjunto de símbolos y ritos que los ha cohesionado y convertido en grupos primero y pueblos mas tarde, este conjunto de símbolos es el germen de lo que entendemos por cultura y que con su desarrollo dará lugar a la compleja estructura de las civilizaciones, articulando toda nuestra historia y sobre todo la forma de entenderla y de explicarla.



Los pueblos dentro de las civilizaciones tienen rasgos propios que los caracterizan, y estos rasgos están mediados con el medio físico donde se desenvuelven y con la tradición que han ido creando según sus propias formas de vida, que no ha sido nada más y nada menos que la adaptación a ese medio donde han aparecido. En nuestra época el medio es algo menos protagonista en el desarrollo de las formas de vida, la tecnología avanzada de nuestro siglo posibilita la supervivencia en cualquier parte, parece que no hay obstáculo climático insalvable, se puede construir arquitectura bioclimática, y crear condiciones de vida en medios poco favorables a ello, agricultura en invernaderos, desaladoras de agua, y un largo etc. Se pueden crear burbujas tecnológicas donde la vida puede seguir a pesar de condiciones adversas, todo un adelanto tecnológico impensable para nuestros antepasados.

Pero no fue siempre así, según hemos aprendido de nuestra historia, sabemos a través de su estudio cómo fue la gran aventura de la vida humana, el legado del pasado nos ha permitido conocer todo el avatar de la civilización y a través de los testimonios conservados, construir el presente con las lecciones aprendidas de nuestros antecesores. En esos testimonios están reflejadas las formas de vida, las costumbres, convertidos en símbolos y ritos definidores de la cultura de cada pueblo, que como seña de identidad lo ha caracterizado.

Dentro de este contexto de señales y culturas, el color forma una parte importante por su impronta visual, como elemento caracterizador y simbó-



lico, a él se le ha encomendado el vestir y definir objetos arquitectura vestidos con fines más trascendentes que la simple apariencia o adorno, el color expresa jerarquía, simboliza estructura social, y el color también está conectado a las funciones religiosas donde la relación entre lo divino y humano ha representado tanto en las culturas pretéritas.

Podemos decir que los pueblos tienen colores propios que los identifican y que están actualmente presentes en el folklore, en las demostraciones tradicionales de sus costumbres y en su arquitectura.

La arquitectura, la pintura y cualquier arte o artesanía, las diferenciamos por siglos, o “etapas históricas” el Barroco, el Renacimiento, la Edad Antigua, el clasicismo, cada elemento tiene la marca de su tiempo, que lo hace reconocible y lo agrupa de forma coherente en el panel de la historia. El orden lo marcan los avances científicos, y la expresión del arte.

La evolución de estas constantes en el desarrollo humano es lo que caracteriza a la civilización cualquiera que sea, sobre todo las de nuestro pasado, ya que actualmente la velocidad de las comunicaciones y los trasvases de co-



nocimientos hacen que la civilización sea una, aunque pervivan otras formas.

Desde esta perspectiva, la alteración de alguno de los parámetros en la recuperación histórica puede desembocar en importantes errores. La investigación preocupada por la recuperación del Patrimonio ha de ser muy cuidadosa y objetiva para que la operación sea una recuperación más que una creación.

Recuperación de los valores cromáticos de la arquitectura

La recuperación del color de la arquitectura histórica, es la recuperación de parte de la cultura del pueblo donde se asienta y la recuperación del

estilo, la estética y los valores de la propia arquitectura.

Las construcciones se hacían con los materiales del territorio, las arcillas que tanto han caracterizado las tejas y los ladrillos de nuestras casas, arcillas de distintos colores según los aportes minerales de su composición tierras oscuras, anaranjadas, marrones secos, toda una gama que nos habla de la procedencia y que identifica color y territorio. La cerámica donde el lugar cuenta con esa tradición es una parte importante visualmente, en la meseta tenemos los chapiteles de pizarra, en el levante la teja azul en todas las cúpulas de las iglesias que tanto caracterizan el paisaje urbano. En Andalucía el albero para revestimiento continuo, en el norte la piedra de sillar, son tópicos ma-

nidos pero no por ello menos cierto, territorio y paisaje urbano coinciden.

Es cierto que el color “cambia de moda” pero ese cambio de moda no puede interferir en el lenguaje de la arquitectura a la que sirve, ni tampoco traicionar la época a la que pertenece, y sigue perteneciendo la construcción en cuestión.

Los revestimientos continuos coloreados, que es el componente más traicionado actualmente en las operaciones de restauración, tienen una tecnología propia de su tiempo, tecnología de mortero y de componente coloreado que se relaciona íntimamente con la arquitectura, cambiar la textura y el color es cambiar el aspecto visual de la construcción, es convertirla en otra cosa, pierde la entidad que le es propia.



El color tiene unas leyes que inciden en nuestra forma de ver y que están entroncadas a la teoría de la percepción, lo que conlleva a que nuestra percepción del objeto es distinta según el color que lo recubre. El mismo objeto tiene más o menos reflectancia luminosa dependiendo del color, ya que no todos tienen la misma capacidad de absorción luminosa, un objeto parece más grande o más pequeño según el color que tenga, más intenso, más liviano, definido, rotundo, esas sensaciones son reales y se convierten en formas de ver y evaluar los objetos, los diseñadores industriales saben de ello, y la elección de un color para un coche o cualquier otra artefacto de uso común, está muy pensado, no es una elección a gusto del diseñador, es una variable más a evaluar dentro del conjunto que se está construyendo.

En el campo que nos ocupa, el color debe de estar sujeto a las leyes de la historia y del estilo, de la tipología arquitectónica y del momento histórico en que se construyó. Esto no es un exceso de fidelidad es simplemente una elección consecuente con los valores que se quieren rescatar, de otro modo se puede rescatar la forma, con actuaciones respetuosas con su morfología, pero si se falta a la verdad del color esa forma se percibirá de distinto modo y quedará ambigua y desnaturalizada la percepción que del conjunto se obtenga. Una textura que no sea rugosa no corresponde a ningún mortero de revestimiento del XVIII o del XIX, los pigmentos minerales son los propios de los territorios, no se puede recurrir a sintéticos que no se relacionen con el mortero y los tonos con las tierras, con mayor o menor intensidad pero las tierras.

Cada territorio tiene sus tierras, y sus canteras, piedra y mármoles, es cierto que en las arquitecturas palaciegas se importaban mármoles italianos, pero son casos puntuales, la mayoría de las edificaciones se hacían con los elementos propios, y a ello se les debe fidelidad, estos elementos daban el nombre a los colorantes, Tierra de Siena amarillo de Nápoles... todavía persiste la denominación.

La identificación entre territorio y color ha sido intensa y esto es otro valor a rescatar. La recuperación va más allá de la frialdad técnica de la forma y el sistema, se debe recuperar también el valor visual, la emoción perceptiva y la fruición estética que en su plenitud tuvo, en muchas ocasiones es algo intangible pero que está compuesta por valores reales y concretos.

En este sentido la recuperación última del color no debe de ser algo expuesto al gusto del restaurador, deberá ajustarse a la creación nuevamente de los parámetros antes citados, desde esa perspectiva se justifica la creación de la lección, porque no se puede perder de vista que el color es algo nuevo —materialmente— en un proceso de restauración, y que colabora intensamente en la recuperación de los valores visuales a los que nos hemos referido. Y en última instancia, la edificación es la escena urbana en la que se desarrolla la vida de los centros históricos, y este valor de impronta visual de la escena urbana es un factor de sobrada relevancia al que hay que tratar desde la responsabilidad y la disciplina de una metodología respetuosa y eficaz.

Recuperar el color de los centros históricos es recuperar los valores tradi-

cionales del gusto y las tradiciones, y también de a tecnología constructiva de los oficios tan necesarios y representativos de las formas de vida de nuestro entorno, y recuperar la identidad de un paisaje autóctono propio de cada microcultura.

